

les del cielo, por los cuales comienzan á enumerarse en el cántico las obras del Señor, ni ménos de las almas humildes y santas con que terminan y que vienen á ser acá en el mundo como la perfeccion y la corona de las obras creadas.

La segunda parte de esta obra, si me autoriza el público á presentársela, será exclusivamente consagrada á la multitud de símbolos que me ministrará con abundancia la *creacion animada*.

Al terminar esta introduccion, no puedo ménos de repetir que la novedad del asunto que trato me ha impuesto el deber de examinarlo muy paso á paso; deseando además que esta mina, á mi entender fecundísima y que apenas he podido desflorar en su superficie, sea beneficiada por otra inteligencia mejor que la mia.

La persona á quien me referí al principio de esta introduccion, ya no existe. . . . Jóven todavía, abandonó este destierro; mas escrutando hasta donde nos es posible y permitido los arcanos incomprensibles de Dios, todo nos inclina á creer que su alma está en el cielo. . . . Sí: ahora se arrobará mirando claramente, la realidad de los símbolos, que estando juntos aquí abajo, pretendiamos explicar; y sobre todas esas pasajeras armonías donde el Señor se nos aparecía como una sombra en las cosas creadas, estará lleno de gozo contemplando ya el rostro mismo de Dios en quien viene á condensarse todo lo grande, todo lo bello, y todo lo que aquí en la tierra arrebató nuestro amor.

ESTUDIOS

SOBRE EL SIMBOLISMO DE LA NATURALEZA INANIMADA.

EL CIELO.

El cielo visible.—Dios en el cielo.—El cielo invisible.—Las Santas Escrituras.—Los Apóstoles y los Santos.—El Firmamento.—Jesucristo.—El cielo adonde debo encaminar mis pasos.—La vida celestial.—Maria.—La Eucaristia.

I.

EN el principio crió Dios el cielo." ¹

Hé aquí la primera palabra de la Escritura Santa.

Antes que todo, contemplemos el cielo visible á donde elevamos frecuentemente nuestras miradas, ya sea que aparezca á nuestra vista con todo el esplendor de un hermoso día, ó que lo admiremos por la noche, recamado de rutilantes estrellas, él nos hablará, no solo á los ojos, sino lo que es más, á nuestro corazon. Su voz nos la hace conocer el Profeta Rey cuando dice:

"Los cielos cuentan la gloria de Dios." ²

El ha creado el mundo para su gloria, así lo repiten las más humildes creaturas celebrando su poder: sin embargo, el espíritu del hombre se adhiere con especialidad más bien á la grandeza de la gloria, que á la hermosura de la obra, porque en ninguna parte mas que en los cielos, es donde Dios ha reunido las brillantes maravillas que son obra de sus manos. ¡Oh cielos, á vosotros pertenece cantar la gloria del Altísimo! *Cæli enarrant gloriam Dei.*

¹ Gen. I. 1.

² Ps. XVIII, 1.

II.

Además, ese bello cielo donde se reflecta tan primorosamente la magnificencia del Creador, ¿qué viene á ser comparado con la gloria del mismo Dios, cuando el Santo Rey David nos asegura que sobre excede á los cielos? ¹ “*Et super caelos gloria ejus.*”—“El Señor los ha extendido, como “desenvuelve el viajero la piel flexible que le sirve de abrigo:” ² y el mismo Profeta los compara á la magnífica vestidura que adorna constantemente á la Magestad Divina.

... Mas ésta vestidura se envejecerá y llegará á perecer, mientras que Vos, oh Dios mio, permaneceréis eternamente. ³ Vos nos habeis sido revelado por el esplendor de los cielos, ¡pero cuán superior sois á los mismos cielos!

III.

Elevemos ahora nuestra consideracion sobre esa bóveda donde se detienen nuestras miradas; si, elevémosla hasta el cielo donde reina Aquel de quien el firmamento visible no es mas que un débil reflejo, y contemplemos con Isaias la magestad de Dios colocada sobre un trono elevadísimo, rodeado de innumerables serafines que repiten sin cesar aquel misterioso Santo, Santo, Santo: porque si el Señor ha entregado la tierra á los hijos de los hombres, como dice David, tambien ha reservado para Sí mismo el cielo de los cielos. ⁴ Allá está ejerciendo su poder y derramando sus misericordias sobre nosotros, y allá, en ese *cielo invisible*, es á donde sube la oracion que todos los dias le consagramos, diciéndole: “Padre Nuestro, que estas en los cielos...”

IV.

¡Los cielos cuentan la gloria de Dios! ...
Y no solamente aquellos que por su belleza material nos revelan con profundo silencio la gloria de su Creador, sino aquellos tambien, que tienen realmente voces para cantarla y publicarla. En este sentido considera San Agustín á los cielos tomándolos como un símbolo de nuestras Santas Escrituras. ¿No son ellas ciertamente como cielos abiertos para nuestras almas, puesto que en sus palabras reside para nosotros la verdad, que es el mismo Dios?

¹ Ps. CXII, 4.

² Ps. CIII, 2.

³ Ps. CI, 27.

⁴ Ps. CXIII, 16.

El Santo Doctor dá esta significacion simbólica á muchos textos del Rey Salmista. “Yo leeré en los cielos que son obras de vuestras manos”—exclamaba David:—y San Agustín continúa diciéndonos: “sabemos por la “Historia Sagrada, que la Ley divina ha sido escrita por el dedo de Dios, “que es el mismo Espíritu Santo.” Si pues las manos de Dios son los ministros de la palabra inspirada por el Espíritu Santo mismo, ¿no será muy natural reconocer que estos cielos nombrados aquí por el Profeta, no son mas que los libros de los dos Testamentos? ¿Y no tendría á la vista esta misma figura Isaias cuando anunciaba, “que los cielos se plegarian como “un libro?” *Cælum plicabitur sicut liber.*

De la misma manera, si el Profeta pudo decir: “vuestra magnificencia, “Señor, está sobre los cielos:” San Agustín dijo igualmente: “¡Oh Dios “mio! vuestra magnificencia sobrepasa á toda la elocuencia de las Santas “Escrituras. Vos habeis confiado vuestras alabanzas á la boca de los niños, á fin de que con una fé sincera balbutiesen las palabras con que está “escrita vuestra divina Ley, y comenzasen á sentir un deseo ferviente de “llegar á la vista clara de vuestra magnificencia, que sobrepaja á toda palabra.” O siguiendo aquella otra expresion del Salmista: “Vos, Señor, “habeis inclinado el cielo de vuestras Escrituras, hasta ponerlo al alcance “del conocimiento del niño, que aun se alimenta con el pecho de la madre, “y le habeis dado este conocimiento para confundir así la locuacidad orgullosa de vuestros enemigos.” ²

Veamos, por último cómo interpreta el mismo Santo Doctor este verso del salmo que acabamos de citar: “Dios ha extendido el cielo como una piel flexible. *Extendit cælum sicut pellem*”

“Cuando fueron arrojados del Paraiso terrenal nuestros primeros Padres, “se vistieron con una especie de túnicas de piel, que figuraban su mortalidad. Dios tiene, pues, extendido su cielo como una piel, desde que “confió á los hombres mortales el cuidado de escribir y de fijar su Verbo “divino. El Verbo de Dios es inmutable y eterno. En el principio era el “Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. En vista de esto, “¿seria posible leer el Verbo de Dios en Dios mismo? No es posible:— “me diriais y me replicariais haciéndome ver que este Verbo está demasiado elevado para que pudiérais leer en Él.—Mas yo os contesto: que el “Verbo está en todas partes; que todo lo llena tocando igualmente uno y “otro término del mundo, y que descendió del cielo para habitar entre nosotros. Si no podeis leer en Él, es porque el mundo, como dice San Pablo, no ha conocido á Dios, por la sabiduría de Dios; y por este motivo “quiso salvarlo por la locura de la predicacion.

“Pues bien, continua San Agustín, esta locura es la que Dios os ha predicado por medio de hombres mortales, que con labios sugetos á la muerte os han hablado el lenguaje de la muerte, fijando sus palabras sobre monumentos perecederos.”

¹ Aug. in Ps. VIII, 7.

² Aug. in Ps. VIII, 8.

Tal es el sentido en que han de tomarse estas palabras: "Dios extiende los cielos como una piel flexible delante de nuestros ojos; á fin de que por estos medios mortales conozcamos al Verbo inmortal, y para que por la participacion de este mismo Verbo, vengamos á alcanzar la inmortalidad."

V.

Así como las Santas Escrituras nos refieren la gloria de Dios, así también nos la presentan los ministros de la divina palabra, los varones apóstólicos que derramaron la buena nueva del Evangelio, desde el Oriente hasta el Ocaso. De aquí viene que los Doctores de la Iglesia hayan comparado á estos hombres verdaderamente admirables, con el mismo cielo.

Veamos ahora lo que con este motivo nos dejó dicho San Gregorio: "Cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles en el cenáculo, los enriqueció con sus más preciosos Dones:"—y San Agustín, comentando aquellas palabras que dijo David: "los cielos se afirmaron por la palabra del Señor y por el sople de su boca," nos dice también: "siendo los Apóstoles hombres débiles y miserables, ¿cómo es que llegaron á hacerse semejantes á los cielos? Porque el Espíritu Santo los fortaleció; y de hombres que eran miserables, vinieron á ser por la virtud de este Divino Espíritu, semejantes á los cielos, puesto que de ellos, como de un cielo hizo que descendiera la lluvia de su misericordia sobre vuestras almas."³

VI.

El cielo que es la mansion de los Angeles y Bienaventurados, sirve también con frecuencia para darlos á conocer en nuestros libros santos. Los Padres de la Iglesia nos aseguran: "Que los Angeles y los Santos llevan á Dios en sí mismos, y que están como suspendidos sobre la tierra por medio de su ardiente caridad. También es el cielo de los Angeles y de los Santos, el que tenemos á la vista cuando le pedimos á Dios que se haga su voluntad, así en la tierra como en el cielo." Por último, San Agustín designa con el nombre de Firmamento el corazón que está firme en la gracia. *Firmamentum cor firmum.*⁵

VII.

Sobre todo lo dicho ¿cómo es posible que el cielo no nos traiga á la memoria al mismo Jesucristo?

¹ Greg. Mag. Moral, XVIII in cap. XXIV, Job.

² Ps. XXXII, 6.

³ In Ps. XXVII, serm. II, 8.

⁴ Aug. Ps. XVIII, Enar. II, 3; Greg. Mag. Moral. XXVII, in Job. cap. 34.

⁵ Aug. Ps. XVIII, Enar. II, 3.

Teniendo el Verbo Divino que encarnarse por amor nuestro, reinaba allá en el cielo y en el seno de su Padre: y tanto los votos de los Patriarcas, como los fervientes deseos de los Profetas, se dirigían hácia aquella mansion que encerraba sus esperanzas. "¡Oh Dios!—exclamaba Isaias.—¡Si rompíeis los cielos y descendíeis!"¹

Dios descendió en efecto; pero quiso, al revestirse de la naturaleza humana por amor nuestro, conservar su naturaleza divina, revelándonos por medio de sus palabras y de sus obras la divinidad de su origen. "El primer Adán—dice San Pablo—saliendo de la tierra permaneció terreno; el segundo Adán, que es Jesucristo, vino del cielo y quedó celeste. *Primus homo de terra terrenus; secundus homo de celo celestis.*"²

Jesucristo no permaneció sobre la tierra mas que para instruir á los hombres con su vida, y rescatarlos por medio de su sangre y de su muerte. Venido del cielo, volvió al cielo y ahí habita su santa humanidad, colocada á la diestra de su Padre.

VIII.

¡El cielo!.... El cielo es también la mansion que Jesucristo me tiene preparada. Mas ¿qué vida futura es esa por la que tanto suspira mi alma? ¿Qué clase de infinita felicidad es la que está prometida á mis trabajos? ¿Qué será ver á Dios cara á cara? ¿Y qué será, en fin, esa mansion de delicias de la que está escrito que la fertilidad de sus goces embriaga á las bienaventurados y aun á los Angeles mismos? Es el cielo. ¡Oh! ¡qué vil parece la tierra despues de haber contemplado la grandeza del cielo! ¡El firmamento mismo, con su espléndida belleza, no parece sino una débil sombra cuando levantando hácia él nuestra contemplacion, descubrimos ese cielo como término de nuestras esperanzas y como la mansion eterna de los escogidos!

Y ¿qué deberé hacer para llegar al cielo? Imitar al hombre celestial, que es Jesucristo, y vivir una vida verdaderamente espiritual: el medio más seguro para llegar al cielo, es comenzar á vivir desde aquí abajo con la vida del cielo. "Nuestra conversacion—dice el Apóstol—debe estar en los cielos:"³ y luego añade: "Busquemos lo que está arriba, gustemos las cosas de lo alto."⁴

¡Oh Dios mio! ¡Quién me diera el estar aspirando incesantemente hácia Vos, y que en medio de todos los objetos visibles que me rodean, incesantemente estuviera suspirando por la patria invisible del cielo!

IX.

"El Señor ha inclinado los cielos y ha descendido."⁵ Descendió prime-

¹ Isai. LXIV, 1.

² 1^o ad Cor. XV, 47.

³ 1^o ad Philip. III, 20.

⁴ 2^o ad Colos. III, 1 y 2.

⁵ Ps. XVII, 10.

ro al seno de María; y María vino á ser el cielo de Dios encarnado. Por eso San Juan Crisóstomo la saluda en estos términos: "Ave Mater Cœ-
"lum" 1. "Dios os guarde, oh madre, que sois el cielo." Más despues de haber descendido el Señor quiso permanecer entre nosotros: el cielo del Dios de la Eucaristía, es el Tabernáculo donde habita.

—¡Oh cielo que estas tan cerca de mis miserias, cielo donde vive de asiento la misericordia, hácia Vos, dirijo mis miradas, preguntándome, ¿qué hay para mí en el cielo que no esté en el Tabernáculo. . . .? Allá, lo mismo que acá, está el Dios de mi corazón, y mi herencia por toda una eternidad.

"segundo Adván. que es Jesucristo, vino del cielo y quedó celeste. Y ántes de ir á la tierra, y ántes de ser hombre, como de celo celestial."
"Jesucristo no permaneció sobre la tierra mas que para instruir á los hom-
bres con su vida, y rescatarlos por medio de su sangre y de su muerte. Ve-
nido del cielo, volvió al cielo y allí habita su santa humanidad, colocada á
la diestra de su Padre."

VIII

El cielo es también la mansión que Jesucristo me tiene pre-
parada. Mas ¿qué vida futura es esa por la que tanto suspiras ni más? ¿Qué
clase de infinita felicidad es la que está prometida á mis trabajos? ¿Qué se-
ñal verá Dios en tu carne, y ¿por qué en tu mansión de delicias de
la que está escrito que la fertilidad de sus nocces criará á las bienaven-
turadas y santas ánimas de los Angeles miseros? ¡Oh! ¿qué vil parece
la tierra despues de haber contemplado la grandexa del cielo! ¡El áni-
ma mismo, con su espléndida belleza, no parece sino una débil sombra
cuando levantando hacia él nuestra contemplación, descubrimos ese cielo
como término de nuestras esperanzas y como la mansión eterna de los es-
cogidos!

Y ¿qué debere hacer para llegar al cielo? Imitar al hombre celestial,
que es Jesucristo, y vivir una vida verdaderamente espiritual: el medio más
seguro para llegar al cielo, es comenzar á vivir desde aquí abajo con la
vida del cielo. "Nuestra conversión—dice el Apóstol—debe estar en los
"cielos"; y luego añade: "busquemos lo que está arriba, gustemos las
"cosas de lo alto."

¡Oh Dios mío! ¿Quién me diera el estar aspirando incessantemente ha-
cia Vos, y que con medio de todos los objetos visibles que me rodean, ince-
santemente estuviera aspirando por la patria invisible del cielo!

IX

"El Señor ha inclinado los cielos y ha descendido." Descendió prime-

1. Lev. LXIV, 1.
2. 1ª ad Cor. XV, 47.
3. 1ª ad Filip. III, 20.
4. 2ª ad Colos. III, 1 y 2.
5. Ps. XVII, 10.

1 Serm. ap. Metaphr.

"del di. no sol, que cuando parece que se apaga, es para dejar ver con
"mas facilidad subsistiendo siempre como una luz verdadera para iluminar
"el todo hombre que viene á este mundo."
"El sol es el símbolo de la misericordia divina, que ilumina y calienta á
"todas las criaturas."
"El sol es el símbolo de la gloria divina, que resplandece en el
"reino de los cielos."

Consideremos ahora aquellas perfecciones divinas del Señor, de las que
el sol no viene á ser mas que una imagen imperfecta.
Dios crió el sol para comunicar á la tierra la luz y el calor de que tanto
necesita, y ese astro del día, dócil á la voz que lo llama á los espacios del
cielo, jamás ha dejado de cumplir su misión con toda exactitud. Importán-
tísimo es el papel que juega el sol en el mundo, y que para sobre la tierra, la ilumina y calienta con sus rayos.
Que el mundo esté tranquilo, que el mundo esté fértil, que el mundo esté
siempre lleno de vida, que el mundo esté siempre bendecido, como en
el siempre lleno con todo el mundo, es el cumplimiento de la misión que
Dios le ha dado.

EL SOL.

El sol preside al día.—Por su magnificencia nos hace pensar en el Creador.—Nos trae á la memoria la
Providencia de Dios, su vigilancia y su invisible esplendor.—Jesucristo sol de justicia.—El antiguo y
el nuevo sol.—El Oriente en Belem.—Ninguno se esconde del calor de Jesucristo.—El Ocaso en el
Calvario.—La Iglesia.—Los apóstoles rayos del sol.—Los justos brillando como el sol.—María com-
parada á la aurora.

I.

D I O S crió desde el principio dos grandes luminares: el primero para
presidir al día, esto es el sol. 1
Oigamos á San Ambrosio exponiendo estas palabras:
"El sol se levanta del Oriente: ¡oh hombre, purificad los ojos de vues-
"tra alma, y que el polvo del pecado no empañe la vista clara de vuestro
"corazón! Purificad vuestros oídos para recibir como en un vaso puro y
"limpio, los torrentes impetuosos de la divina palabra. El sol se levanta
"iluminando el mundo como foco de la luz y del calor: él es el ojo del uni-
"verso; regocija el día, embellece los cielos y derrama la hermosura en
"la naturaleza: por todo esto obtiene el primer lugar entre las cosas crea-
"das. Mas cuando veamos el sol, no nos olvidemos de su Autor: cuando
"lo admiremos como el más hermoso de los astros, alabemos á Aquel que
"le creó. Si amáis tanto este grandioso luminar, que no es mas que una cria-
"tura semejante á las demás, ¡cómo no amar al divino sol de justicia! En
"su rápido curso, el sol necesita de un día y de una noche para iluminar
"con sus rayos la extensión del mundo, mientras que el sol divino la abra-
"sa con un solo acto de su voluntad, llenándola por todas partes de su
"magedad. Y si aquel astro os parece inmenso en medio de su grandeza,
"cuando siguiendo el curso de las horas, se vá retirando ó aproximándose
"por todos los puntos del globo para iluminarlos á su vez, ¿qué diremos

1 Genes. I, 16.